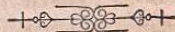


pobreza en que vive, y el abatimiento consiguiente á esta, le retrae de enviarles á la escuela. Muy pequeños son todavía, y ya tienen en sus manos los libros que contienen intacta esa fe que sus antepasados defendieron con heroísmo superior á todo elogio. He visto en las escuelas niños que escasamente contarian cinco años de edad, y no solo leían correctamente, sino que contestaban preguntas de geografía, y hacían con exactitud sus demostraciones en el mapa. El canto ocupa un lugar distinguido en las escuelas católicas de Irlanda: de entre los que manifiestan para él alguna disposición particular se forman coros que ofician los domingos en las funciones de iglesia; yo oí en Dublin ejecutar algunos himnos en la de los Lazaristas y en la de los Carmelitas, y la impresion que me causó no fué tan solo la que un coro número de voces infantiles puede producir, no por cierto: era otra muy diferente; yo veía tantos niños, cuyo exterior manifestaba bien su miseria, confesar solemnemente una fe conservada á despecho del poder de sus tiranos, una fe que si bien les abre paso para la inmortalidad feliz, les condena á vivir soportando las penalidades del proscribo..... Mi imaginacion volaba á los contornos de Babilonia, y en los Israelitas, sentados á las orillas del Eufrates cantando con acentos de dolor el destierro de las tribus y la desolacion de Sion, me parecia encontrar el tipo de lo que veía.



CAPÍTULO X.

El libertador de Irlanda. — Emancipacion católica. — El culto restablecido. — Reflexion hecha sobre unas ruinas en Cork. — Triunfo que no consiguió el poder. — Sociedad de temperancia. — Una nota.

La Irlanda, olvidada del resto de la Europa sin desmayar jamas en su fe, vivió tres siglos mártir de adhesion incomparable á la unidad católica. Tres siglos corrieron durante los cuales á la persecucion personal sucedió la confiscacion, á la confiscacion el hambre, y á esta la degradacion y la miseria; pero tales golpes, que harían sucumbir á otras naciones, pasaron sobre la bella Irlanda, imprimiendo tan solo en su frente el noble carácter del heroísmo que hoy contempla asombrado el orbe católico. « Ella concluyó » dando á luz un vengador, pero un vengador á la manera » de Cristo, que nos salva castigándonos. Un hombre se » encuentra que sin haber desempeñado jamas función alguna oficial, sin haber pedido ni recibido favor, título » ni decoracion de ninguna especie, ha reinado en su país » durante treinta años sobre los corazones, sobre el poder » y sobre la fortuna misma de cinco millones de hombres. » Reinó sin haber derramado jamas una gota de sangre, » sin haber empeñado una sola lucha sangrienta ó ilegal, » sino tan solo por la fuerza de su palabra, de esa palabra » libre y moderada que las excelentes instituciones de Inglaterra garantizan á los mismos enemigos de su gobierno. Reinó, y su dominacion aprovechó á la causa ca-

» tólica mas que la de ningun rey moderno. Ha recibido
 » de sus conciudadanos el nombre de *libertador*, y la pos-
 » teridad se lo conservará, no por haber libertado su patria,
 » como algunos han podido hacerlo en otras partes, sino
 » por haber libertado la Iglesia de Dios en el mas poderoso
 » imperio del mundo; empresa que á ningun otro le habia
 » sido dado acometer hasta ahora. Él es quien, seguido de
 » la Irlanda, golpea en nombre de su pueblo la puerta
 » del parlamento inglés. Esta puerta se abre, y los católi-
 » cos de tres reinos entran con él y para siempre. El vence-
 » dor de Napoleon rinde las armas al jefe moral de un pue-
 » blo desarmado, pero hecho invencible por la fuerza del
 » derecho.... El grande, el glorioso acto de la *emancipa-*
 » *cion* católica se resuelve despues de cinco años de com-
 » bate (1). » El triunfo es del catolicismo, y el lauro de
 vencedor viene á ornar las sienes del inmortal O'Connell,
 que ha hecho triunfar en la lucha los derechos imprescrip-
 tibles de su pueblo, defendiendo la mas santa de las causas,
 la causa de la fe.

La emancipacion restituyó á los católicos de la Gran Bre-
 taña, con el pleno derecho de ciudadanía, el de practicar
 públicamente el culto de su profesion; derechos de que les
 despojó la reforma por uno de esos repetidos actos de tira-
 nía que confirmaron con su tolerancia los monarcas que
 ocuparon el trono de Enrique VIII durante trescientos años.
 Un movimiento general se hace sentir en Irlanda desde que
 se publicó el *bill* de emancipacion, y fruto suyo son los
 magníficos templos que llenan la isla, y que por sí solos
 explican bien el fervor y la piedad incomparables del pueblo
 irlandes. Fijando mi consideracion sobre algunos de estos
 edificios colosales, ¡cuántas veces recordaba aquella pro-
 mesa infalible: « Edificarán los desiertos desde el siglo, y

(1) *Des intérêts catholiques au XIX^e siècle*, chap. I. (M. le comte de Montalembert.)

» alzarán las antiguas ruinas (1)! ¡Y qué son la magnífica
 » catedral, los treinta y tantos templos que existen en Du-
 » blin y los innumerables diseminados en las veinte y nueve
 diócesis de Irlanda, sino la reparacion de aquellas ruinas
 que emprende el genio que las edificó tantos siglos atras?
 He presenciado en el primero de aquellos la instalacion
 del primado de Dublin en su silla metropolitana: la vastí-
 sima catedral de la Concepcion, sus tribunas y pórticos
 completamente llenos, las grandiosas ceremonias del culto
 católico, la majestad de veintiun obispos y de infinitos sa-
 cerdotes reunidos, la armonía del canto y la devocion del
 pueblo daban á la solemnidad el esplendor mas brillante
 que pudiera imaginarse. Parecia renovarse allí la restau-
 racion de las solemnidades de Jerusalem hechas en medio
 de los trasportes de alegría de la casa de Judá. Pero tuve
 ocasion de conocer aun mas todavía hasta qué punto ha
 triunfado en Irlanda la constancia católica sobre el error,
 el fanatismo y la crueldad de sus perseguidores.

Paseábame en la ciudad de Cork, un bello edificio se ele-
 vaba delante de mis ojos, cuyo alto campanario anuncia
 ser un templo: me acerqué para visitarlo, y una hermosa
 estatua de la santísima Virgen en que termina su frontis-
 picio me hizo conocer que pertenecia á los católicos. Entré
 en él á tiempo que una comunidad religiosa cantaba en el
 coro las completas: las pausas de la salmodia, los graves
 sonidos del órgano, las luces que ardan sobre el altar de
 mármol y el silencio de los concurrentes, daban al lugar
 santo un aire severo y misterioso al mismo tiempo; me
 encontraba en un convento de Dominicos, y era cabalmente
 aquel que repetidas veces sirvió de teatro á las devasta-
 ciones de los reformadores. De aquí, por orden del lord
 Matthew Heyne, obispo anglicano de Cork, la santa imágen
 del fundador de los Hermanos predicadores, sacada violen-

(1) *Isaías*, cap. LXI.

tamente, fué arrastrada por las calles y reducida á cenizas en las llamas, en medio de la algazara de los miembros de un *meeting* protestante y de los lamentos de los católicos perseguidos. Desde aquí salieron para ser sumidos en oscuros calabozos tantos atletas de la fe, de los cuales si alguna vez salieron fué, como Barry, para recibir en el cadalso la auréola del martirio (1), ó como Búrgos y otros para exhalar sus últimos suspiros en las penurias de un destierro bajo el mortífero clima de las Barbádas. Aquí el furor protestante, ejecutando los edictos de Cromwell, despedazó á O'Caihil al pié del púlpito, desde donde la víctima alentó tantas veces á sus compatriotas á la paciencia con esa elocuencia que como torrente brotaba de su boca. Aquí, en fin, las llamas y el pillaje, la proscripción y la muerte transformaron en soledad la casa del Señor, dejando escombros y vestigio de profanaciones en vez del esplendor que ostentaba el santuario en medio de su magnificencia.

Pero el tiempo corre, la persecucion continúa, las proscripciones no cesan todavía, y los religiosos vuelven, aunque disfrazados, á regar con sus lágrimas el árbol del martirio que en aquel sitio, para ellos por eso aun mas amable, plantaron sus hermanos y ellos desean fecundizar. Esas lágrimas no son estériles, el templo se repara, y poco á poco vuelve á recuperar su primitivo esplendor. « Sus ruinas se alzan y el desierto florece nuevamente. » La mano de Dios descansa allí. Sí, allí descansa, y no es vana la esperanza que estampó en su pórtico: DOMUM ISTAM PROTEGE, DOMINE !!!

Bien dijo el ilustre escritor *De los intereses católicos*, « que los Irlandeses preludiaron la derrota de sus opresores con la victoria que reportaron sobre su propia intem-

(1) Fr. Ricardo Barry fué primeramente quemado y despues aspado, en cuyo tormento murió. ¿Puede el protestantismo acusar de cruel á la Inquisicion de España despues de hechos como este?

perancia.» A la verdad, la embriaguez era el único vicio que pudiera entre aquellos llamarse popular. Obrando como el hombre á quien su imaginacion representa con viveza los horrores de su suerte adversa, ó de un porvenir funesto que no está en su poder evitar, procura el delirio como medio de separar de sí imágenes que le atormentan, haciéndole sufrir con lentitud las angustias de la muerte; así aquellos se permitieron buscar tambien en la embriaguez un consuelo que les hiciese olvidar por el momento su miseria. O'Connell hizo el primer esfuerzo para desalojar este vicio del seno de su pueblo, y consiguió efectivamente que este no hiciese uso de bebidas espirituosas durante el tiempo de su eleccion. Á un monje educado en el retiro del claustro, cuyo trato principal no ha sido el de la sociedad sino el de Dios en la meditacion, y á quien por eso se le ha iluminado esa oscuridad profunda que hace incomprendible el arcano de la propension humana, estaba reservado borrar esa mancha que afeaba la vida moral de una nacion llena por otra parte de heroísmo y de virtudes. Su elocuencia es la del corazon que habla á los corazones, sus maneras son sencillas como las del niño, él carece absolutamente de pretensiones mezquinas que pudieran mezclarse en el éxito de su empresa, su único propósito es desterrar el vicio, este el que sirve de tema á sus sermones, el que stampa en las medallas que llevan sus asociados, y el que está comprendido en estas dos palabras que logra hacer populares en ambos mundos: *Templanza en la bebida*.

Los resultados del celo prodigioso de este ilustre Franciscano bien pudiéramos considerarlos como bella reproduccion del primitivo fervor: en poco mas de cuatro años, cinco millones de Irlandeses, tanto en la América como en la madre patria, han pronunciado en las manos del monje un voto que les obliga á *la templanza*. El producto del impuesto sobre bebidas habia disminuido en Irlanda la

tercera parte en el año de 1842, fecha que cierra los cuatro años á que hemos aludido. De este modo el P. Matthew reportó una victoria que inútilmente trabajaron por obtener uniendo sus esfuerzos la ley y la autoridad. ¡Un monje obtuvo un triunfo que no consiguió el poder!

Las sociedades de templanza, maravillosamente propagadas en Inglaterra y Escocia, han dado en estos países el mismo resultado que en Irlanda. El gobierno poderoso de la Gran Bretaña reconoció y premió este servicio eminente prestado á la sociedad por un fraile irlandés. El vicio no estaba *arraigado solamente en la Irlanda católica*, como decia con énfasis un escritor protestante, el vicio era general entre los súbditos del Reino Unido; y sin ocuparnos de averiguar en cuál de los tres era mas usual el exceso en el uso de los licores, si en la Inglaterra protestante, en la Escocia presbiteriana ó en la Irlanda católica, advertiremos solamente que no es el nombre de la última el que figura primero en los datos oficiales que obran á este respecto.

